

Prefacio del autor a la edición española  
*La sinfonía del azar* y las guerras  
culturales norteamericanas

Al principio de la novela que estáis a punto de leer, *La sinfonía del azar*, se narra una tormentosa, aunque divertida, cena de Acción de Gracias. En 1971, un veterano ultra de la Segunda Guerra Mundial y su hijo mayor se tiran los trastos en razón de la situación sociopolítica al fin de los sesenta, cuando se están cuestionando todos los dogmas patrióticos e impulsos conformistas de la política norteamericana, cuando los afroamericanos se niegan a seguir siendo ciudadanos de tercera clase, las mujeres se oponen a su destino prácticamente escrito como esposas y madres y todas las prerrogativas del hombre blanco se están poniendo en duda.

Fue Richard Nixon quien, viendo el país cada vez más dividido, se granjeó el billete a la Casa Blanca en 1968 y 1972 gracias a la mayoría silenciosa: la idea de que había una «América Real» ajena al elitismo progresista de las dos costas y desdeñosa de los cambios sociales que flotaban en el ambiente. Las leyes de derechos civiles impulsadas por Lyndon B. Johnson (un demócrata tejano) a mediados de los sesenta impulsaron al sur hacia el republicanismo. Los evangélicos cristianos empezaron a percibir que pronto se podrían convertir en una fuerza política (como sucedió efectivamente con Reagan) y la gran partición norteamericana —la escisión intelectual entre los Estados Unidos eruditos y el resto del país— comenzó a coger forma.

Para entender por qué hoy tenemos a Trump en la Casa Blanca y hay dos facciones del país que se detestan mutuamente, tenemos que volver a las guerras culturales que inició Nixon y que perfec-

cionó Reagan. De hecho, la venganza del hombre blanco contra la nación pluralista y progresista comenzó con la refutación de todos los valores en 1968. Y para comprender por qué las familias norteamericanas se rebelaron contra sí mismas —por qué esta guerra cultural continuada perpetúa la Guerra Civil (1864-1868), que sigue siendo un muro en la idiosincrasia de Estados Unidos—, pensé que sería interesante seguir a una familia de clase media alta mientras discurre por una de las etapas más cruciales de la vida norteamericana de posguerra: el periodo entre 1971 y 1984.

La familia de *La sinfonía del azar* no es un reflejo exacto de los norteamericanos. La sociedad norteamericana es sumamente diversa y dispar, así que elegir personajes prototípicos para representar temas emblemáticos constituye una fórmula perfecta para el desastre narrativo. Además, no respetaría la inteligencia del lector, que es perfectamente capaz de extraer sus propias conclusiones sobre el modo en que la familia Burns, sus múltiples secretos y sus graves contiendas ilustran, en cierto modo, las divisiones crecientes de Estados Unidos.

La narradora, Alice, empieza el libro como una quinceañera neoyorquina condenada al exilio en Old Greenwich, un pueblo de Connecticut. El contexto es el de la «fuga blanca», una época en que muchas familias abandonaron las ciudades —imponentes y peligrosas aunque infinitamente irresistibles y pluralistas— para mudarse a las comunidades de blancos ricos que abundaban en los florecientes suburbios. Por una parte, es una historia norteamericana clásica sobre la llegada a la edad adulta, pero, al mismo tiempo, narra durante un lapso de catorce años cómo Alice presencia el ocaso de su familia y sufre el zarandeo de los vaivenes socioeconómicos de la época: desde el feminismo hasta la geopolítica de la Guerra Fría, el terrorismo (de signo irlandés), la caída de un presidente, la recesión económica y el nacimiento del capitalismo exacerbado de Reagan, con la pesadilla del sida como trasfondo.

Pero siempre tuve claro que no iba a escribir un relato histórico, sino que iba a mantener la trama en un terreno profundamente familiar y personal, en el que los episodios reales de Estados Unidos formarían un decorado distintivo en el que describir la tragedia de los Burns.

La novela también formula una pregunta existencial básica: ¿por qué la familia siempre duele tanto? ¿Siempre vivimos enmarañados en una telaraña de secretos? Y, en ese caso, ¿es posible llegar a conocer de verdad a las personas más cercanas y allegadas?

En muchas ocasiones me han preguntado si *La sinfonía del azar* es una novela eminentemente autobiográfica. Sí, Alice estudia en las dos universidades a las que fui. Es cierto que cada maldito verano de mi niñez lo pasamos en Old Greenwich, un lugar que acabé odiando y temiendo porque mi padre no dejaba de amenazarnos con mudarnos allí (por suerte, la cabalmente infeliz y maniacodepresiva de mi madre tomó una decisión inteligente en su vida y se empeñó en que nos quedáramos en Nueva York). Y sí, el matrimonio que retrata la novela encierra un gran número de parecidos engorrosos con el de mis padres, el cual me dio mucho con lo que trabajar en mi vida adulta.

Aparte de eso, todo es inventado, aunque todos los novelistas usan cuanto les ha pasado para forjar historias, a menudo inconscientemente. Pero reconozco que en la novela hay otro detallito autobiográfico: mi padre también fue agente de la CIA. Y pese a que no sale en la novela, el hecho es que sí me reveló este secretito de nada una noche de otoño de 1974, la vigilia de que partiera a estudiar en la Trinity College de Dublín. No solo descubrí que había participado en el golpe de Estado contra Salvador Allende en Chile, sino que su amante en esa época era la hija de uno de los miembros del círculo de más confianza de Pinochet (el general extremista convertido después en presidente).

Dicho sea que, políticamente, siempre he sido bastante de centroizquierda, pero esta revelación de mi padre no me horrorizó. Lo que me parecía asombroso era que papá llevara aquella vida paralela. Fue el momento en que empecé a entenderlo: todos tenemos secretos. Y aunque aún me faltaran otros catorce años para publicar el primer libro... visto en retrospectiva, también fue el instante en que me convertí en novelista.

D. K.

París, marzo de 2019